

... hace 54 años

Bárbara

marzo 2026

Siempre ha sido motivo de preocupación para los padres, que sus hijos pudieran instalarse con garantías de seguridad, confortabilidad y fácil adaptación en la ciudad donde iban a iniciar sus estudios universitarios. Dicha preocupación estaba más arraigada... hace 54 años.

El pariente de uno de los tres estudiantes, buscó alojamiento a través de anuncios clasificados por palabras de la prensa local; y lo encontró a elevado precio. Por lo general, y en este caso, obtener alojamiento en una residencia para alumnos universitarios, por este método, no fue lo más acertado.

El edificio estaba situado en una céntrica calle de la ciudad, próximo a una emblemática sede, cúspide del poder judicial. El portalón de entrada de la residencia respondía a la posibilidad de encerrar en el amplio rellano los carruajes de los dueños más pudientes de dicha finca. A su izquierda, destacaba un escaparate con la foto en blanco y negro de Franco. El fotógrafo oficial tenía el estudio en otro lugar. La escalera del fondo daba acceso a la conserjería. En la pared del primer rellano figuraba un gran mosaico vertical de baldosas blancas y azules, situado estratégicamente para releer una inscripción subiendo por la escalera. A los dueños de la residencia no se les ocurrió mejor idea que la de plasmar en el mosaico nada menos que un fragmento del libro de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio:

*«De buen ayre et de fermosas salidas debe seer la villa do quieren establecer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que los aprenden vivan sanos, et en él puedan folgar et rescebir placer á la tarde quando se levantaren cansados del estudio [...]».*

En el primer piso, la citada «conserjería»: un raído y descolorido mostrador de madera, y un teléfono negro cuyo cable, hecho un ovillo, era todo el mobiliario. Detrás, un sillón a juego con el mostrador en todo, y el siniestro conserje, flaco, mayor, malcarado y tuerto. Iba encorvado hacia atrás, con aires de saxofón. El traje le venía grande, y el cuello de la camisa, con las puntas hacia arriba. Se desconocía si su corbata fue alguna vez de color distinto al negro brillante que exhibía.

De buena educación tampoco iba sobrado. No respondía jamás a los saludos de los estudiantes. Aparentaba amabilidad sólo a primero de mes, para recordar a cada residente la letanía: «¿Tiene conocimiento de si sus padres han hecho el ingreso de este mes?» («¡Qué coñazo de tío!», pensábamos).

En el comedor de esa primera planta, servían los desayunos, comidas y cenas las mismas muchachas de la limpieza. Regía el comedor una gobernanta que nunca sonreía y tenía un ojo revirado. Si algún panecillo quedaba intacto encima de la mesa, hacía la misma inquisitoria pregunta: «¿Prescinde usted del pan?» Y lo llevaba a su cesto.

El joven director, siempre ausente, era muy afectado, con una falsa sonrisa en cara, era poco proclive a entablar conversación con los residentes.

Las comidas eran escasas y de baja calidad. Casi todas las noches, acelga negruzca con patatas que flotaba en el plato con caldo del mismo color.

Gracias a los pésimos desayunos, los tres estudiantes llegaron a saborear y ensalzar la calidad de los churros y porras que servían en la cafetería anexa a la residencia. Desayunaban en esa bendita cafetería, como clientes fijos. Ingerían el brebaje matinal de la residencia quienes padecían problemas de

conservadurismo intestinal. El laxante, de efecto inmediato, obligaba a correr a los afectados, escaleras arriba, hasta los baños del piso de las habitaciones. Alguno no siempre llegaba a tiempo.

A los tres amigos les alojaron en una habitación triple: tres camitas, tres mesitas con su flexo incorporado, un armario comunitario y, sin separación alguna, un lavabo y ducha de metro cuadrado cuya rígida cortina de hule te acuchillaba la espalda al menor descuido.

Los inseparables colegas, amigos desde y para siempre, iban a estudiar tres carreras diferentes : Félix, Ingeniería Aeronáutica y del Espacio; Benito, Ingeniería Industrial y Nicolás, Ingeniería de Obras Públicas. Se compenetraban de maravilla. Félix, de fuerte personalidad, muy inteligente, amable y cerebral, sentía un inmenso cariño hacia su familia. Necesitaba pocas horas de estudio para asimilar tan complejas asignaturas. Benito, el de industriales, el benjamín del grupo, cariñoso, espontáneo y jovial, gran currante, constante, muy celoso para que nadie le dispersara antes de cumplir sus objetivos de estudio. Y Nicolás, de Obras Públicas, el noctámbulo, estudiaba siempre de noche. Empático, minucioso, observador y *preocupón* por aprobar aquello por lo que se había preparado a conciencia. Su meticulosidad se reflejaba en la calidad del dibujo técnico: era un *crack* en el tablero de dibujo.

La mayor de las muchachas de la limpieza también era bizca. Vestían uniformes verdiblanco y arreglaban la habitación de los tres colegas estando acostado, al menos, uno de ellos. La costumbre se instaló en la habitación por ambas partes. En apariencia ingenuas, pero solían acudir los domingos por la mañana a una famosa discoteca donde, se bailaba, presentaban a cantantes o grupos musicales y se transmitía a todo el país en «El Gran Musical», un espacio radiofónico donde daban a conocer la lista de «los 40 principales». Al entrar el recinto, se escuchaba la mofa —de un machismo propio de la época— de que olía a lejía por ser frecuentado por «chicas de servir».

Cerca de la residencia se hallaba una sede de la ONCE cuyos alumnos, con diferentes deficiencias visuales, cursaban allí sus estudios, alojándose en la residencia. Al poco de establecerse los tres amigos, Benito, el más espontáneo, no pudo reprimirse y en un tono jocosos les espetó a Félix y a Nicolás: «*Entre tuertos, bicos y ciegos... ¿dónde nos hemos metido?*».

Fue una experiencia edificante, liberadora de prejuicios y tabúes, la convivencia con compañeros ciegos. Ellos mismos consideraban la ceguera como una putada del destino y no una desgracia; el grado de amistad, y confraternidad entre ellos era envidiable, organizándose en grupos para el estudio, la lectura y los juegos de mesa de los que eran muy aficionados. Su relación con el resto de compañeros, incluidos los tres amigos, disipaban cualquier atisbo de lástima por su deficiencia visual; eran ellos los que animaban a todos con su fino sentido del humor, su inteligencia y empatía. Entre ellos y hacia los demás, utilizaban las habituales frases de bienvenida o despedida: «*¡Cuánto tiempo sin verte! ¡A ver cuándo nos vemos! ¡Hasta la vista! ¡Qué bien te veo!*». Asombraban a todos cuando los veían acudir veloces a la sala de televisión, después de la cena, para colocarse en primera fila y seguir una película o una serie, exigiendo silencio en la sala. Varios de ellos eran aficionados al ajedrez; el que más, uno pequeño y autoritario hacia su grupo. Ganaba siempre las partidas organizadas en pequeños torneos.

Palpaban con las manos todas las piezas: las suyas y las de los oponentes. La base de cada pieza terminaba en un tetón que introducían en los agujeros de los escaques, de acuerdo al movimiento que exigía la jugada más óptima.

Había un compañero vidente, pero no por ello menos fantasma. Presumía de atleta y su costumbre era de ir desnudo en su habitación. Invitaba a compañeros a que acudieran a su cuarto para estudiar. Desde luego ninguno de los tres acudió a esa *gilipollesca* cita. Estudiaba medicina y no se le ocurría mayor majadería que acudir a la sala de televisión la noche en que, por entonces, se emitía la serie de éxito «Centro Médico», para tomar apuntes de lo que decía el guapo doctor Gannon.

Paulino era el ciego más impresionante: alto, ciego y calvo de nacimiento, inteligente a la vez que un tanto brabucón, pero excelente compañero. Presentarse ante él la primera vez suponía someterse a ser palpado con sus manos cada centímetro de cabeza, frente ojos, nariz, boca, todo. A partir de ese exhaustivo examen y la voz, Paulino ya tenía su «visión» de quién era quién. Estudiaba en unos libracos de gran formato, de hojas acartonadas, marrones, de escritura táctil, en sistema braille. Cuando Félix y Nicolás fueron a su cuarto para bajar a tomar algo lo encontraron estudiando en su habitación, totalmente a oscuras. «*¡Joder, Paulino!, ¿Qué haces con la luz apagada?*» «*¿Sois gilipollas o qué? ¿Para qué quiero tener la luz encendida? Venga, ahora salgo y no me hagáis reír más*». Otra metedura de pata.

Los tres amigos «técnicos» cayeron muy bien a la peña de los ciegos, quienes acudían con cierta frecuencia a su habitación para «observar» las timbas nocturnas de póker que hacían de vez en cuando.

A veces, tras la cena, salían calle abajo, hasta el bulevar más delicioso de la ciudad, limitado entre la plaza de la diosa de la fertilidad, y la plaza del genovés, descubridor del Nuevo Mundo. Entraban a un conocido y mítico café, famoso por sus históricas tertulias literarias. Los tres amigos siempre pedían lo mismo: vaso de leche caliente para los que tenían que dormir y un café largo para el noctámbulo, como remedio para aguantar la noche. Alguno de los del vaso de leche opinaba que le servía para otros menesteres; opinión que la exponía en voz baja por considerarla sin fundamento y un tanto soez.

El curso universitario acabó con aceptables resultados académicos: el siguiente lo comenzaron los tres completamente limpio. Abandonaron la residencia sin nostalgia. Ciertamente es que trabaron alguna sincera amistad y, eso sí, con grato recuerdo, y una reconfortante experiencia al haber tenido la suerte y la íntima satisfacción de conocer y convivir con compañeros ciegos.

Al curso siguiente ingresaron como huéspedes en una pensión en la misma ciudad, regentada por una señora joven y viuda, con dos hijos: el chico, obeso (su madre decía que estaba fuerte); y la chica, quien cada mes se ganaba el premio Cardo de Oro, concedido por su actitud con todos los de la pensión.

La ciudad cautivó a los inseparables amigos. Permanecieron en ella hasta completar sus correspondientes carreras universitarias. Y hoy, tras 54 años, sienten irrefrenables deseos de volver a recorrer. Pongamos que hablan de Madrid.